

Los no-lugares del amor en la ciudad: Una aproximación etnográfica a las salas X de Medellín¹

Fabián Sanabria-S.²

Profesor Departamento de Sociología

Universidad Nacional de Colombia

Dirección electrónica: sanfabian73@yahoo.com

Resumen. Este artículo presenta las salas X de Medellín como la manifestación de no-lugares propicios para buscar el amor “sin compromiso”. En tal escenario los actores representan, a través de su cuerpo y comportamiento, lo que debe ser deseado. Esto último se encuentra constituido, ya no por una alteridad invisible sino, ante todo, por aquello que se puede observar, y sólo de este modo, crear. Se trata de metonimias sociales pues se comprueba que lo deseado no se puede expresar a través de “representaciones directas” sino por medio de lo que es representado para desear. De este modo, se hace presente una “economía” que funciona por medio de “maneras de hacer” de los agentes, las cuales se encuentran más allá de las organizaciones estructurales del orden social.

Palabras clave: cines x, antropología de la pornografía, no-lugares, erotismo, homosexualidades.

Abstract. This paper presents the Medellín X cinemas as the expression of no-places, which are useful to looking for “no-commitment” love. Through their bodies and behavior, the actors of this setting performance what must be desired. The last is mostly constituted by what is possible to see, and in that way, to believe, instead of an invisible alterity. It is social metonymies because it is proven that the desired cannot be expressed through “direct representations” but alone by means of what is “represented to desire”. In this way is that take place an “economy” that works by means of “ways to make” of the agents, which are beyond of the structural organizations of the social order.

Keywords: porno movies, anthropology of pornography, non-places, eroticism, homosexualities.

Sanabria-S., Fabián. 2004. “Los no-lugares del amor en la ciudad: Una aproximación etnográfica a las salas X de Medellín”. En: *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Medellín, volumen 18 No. 35, pp. 116-131.
Texto recibido: 18/05/2004; aprobación final: 04/08/2004.

- 1 El presente artículo es el resultado de un “trabajo de campo” desarrollado durante los meses de mayo, junio y julio de 2003, en la ciudad de Medellín, en el marco del proyecto “Alteridades de las subjetividades metropolitanas”, coordinado por la Escuela de Estudios Filosóficos y Culturales de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín.
- 2 El autor es antropólogo y doctor en sociología de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París. Actualmente se desempeña como director del Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia, y del Instituto Colombiano para el Estudio de las Religiones, ICER.

*Vanamente tu imagen llega a mi encuentro
Y sólo me alcanza donde estoy el reflejo
Tú volviéndote hacia mí no sabrías encontrar
En el muro de mi mirada sino tu sombra soñada
Soy ese desdichado comparable a los espejos
Que pueden reflejar pero no ver
Como ellos mi ojo está vacío y como ellos habitado
De tu ausencia donde nace mi ceguera*

Louis Aragón, Contre-chant

¿Qué está pasando?

Ocuparse de las cosas de los otros, de sus normas, de sus símbolos, de sus sentidos, de sus modos de pensar y actuar, etc., ha sido tarea preponderante de la antropología. Durante muchos años, numerosos etnólogos han viajado a los rincones más apartados del planeta para documentarnos sobre culturas legendarias, para describirnos otros hombres y mujeres diversos, y, nosotros preguntamos, paradójicamente hoy: ¿acaso el otro observado y estudiado, ha sido *realmente* otro?

Pareciera como si la crítica enunciada por el filósofo lituano Emmanuel Lévinas en su célebre libro *Totalidad e infinito*, no sólo fuera aplicable al campo de la filosofía, sino a las ciencias humanas mismas en sus relaciones con los demás: en un primer momento, al otro se le ha conquistado, colonizado, satanizado; en un segundo momento, se le ha asimilado al Mismo (a manera de propiedad privada: mi hijo, mi hermano, mi amigo); y, en un tercer momento, bastante cercano a nosotros, al otro se le ha tratado con la “violencia simbólica” del utilitarismo —ha habido “relación” con el otro en la medida en que éste ha prestado algún servicio— (Lévinas, 1961). La explicitación de esos momentos, que pueden ser simultáneos, resulta bastante desconcertante para una disciplina que ha tenido la pretensión de “dar cuenta de los otros”. Es como si el “viajar” de la antropología y, el “itinerario aventurero” de los antropólogos careciera de sentido, como si investigar al otro fuera solamente una nostalgia, por lo demás ya expresada en un bello diario de campo: después de tanto viajar, “odio los viajes y detesto a los exploradores”.³ ¿Acaso viajar ya no es posible? ¿Es que antes se viajaba? —La pregunta por el viaje es central en la comprensión del otro y, en el mundo actual, en el que supuestamente se han acortado las distancias, es fundamental reformular semejante inquietud.

De la misma manera que el otro se nos escapa cuando queremos alcanzarlo, el yo también se pierde, se diluye... Allí la fórmula de Arthur Rimbaud (*yo soy otro*), nos hace contemporáneos en la soledad de múltiples reflejos, en donde el lazo social es simplemente instantáneo, en donde se cree exclusivamente en lo que se ve, al

3 Paráfrasis de *Tristes tropiques* que ilustraría lo que, de manera irreverente, he llamado el “sin-alivio” de la antropología (véase Sanabria, 2000).

ingresar cada vez más al reino del “como si...” en las ambivalencias y ambigüedades conquistadoras de la ficción: las creaciones culturales actuales no son totalmente falsas, pero tampoco completamente auténticas. ¿Será entonces posible emprender una cierta “búsqueda del tiempo perdido”?

Esa demanda nos sugiere un camino entre lo lejano y lo cercano, y nos puede proporcionar algunos elementos para una “antropología de lo contemporáneo”: es necesario investigar con los mismos métodos de la “antropología tradicional” (que estudiaba las relaciones de parentesco o la “economía de bienes simbólicos” en una aldea lejana), un “lugar indiferenciado” propicio para el anonimato, simplemente a través de la búsqueda de nuevos objetos, construidos rigurosamente en tanto “hechos sociales totales”, a fin de mantener la máxima metodológica de uno de los padres fundadores de nuestra disciplina, según la cual, “sólo lo concreto es completo” (Mauss, 1966).

Mas toda presentación del individuo es necesariamente una representación del lazo social que le es consustancial, y las identidades individuales sólo expresan la totalidad parcialmente. Este hecho nos obliga a pensar en una antropología relacional, capaz de constituirse en un saber crítico sobre el saber práctico, renovando su reflexión epistemológica a partir de una figura característica de las sociedades contemporáneas: el exceso. Exceso de tiempos, exceso de espacios, y exceso de referencias individuales (Augé, 1992).

Del lugar (organizador) al no-lugar (movilizador) del sentido

Los mundos contemporáneos le han dicho adiós al “mito del progreso” y a las nostalgias del “todo tiempo pasado fue mejor”. La concepción lineal o evolutiva de la historia ha sido revaluada junto con los “grandes relatos” de la humanidad. Algunos afirman que es el fin de la historia ante las crisis de la memoria y las migajas de recuerdos que contribuyen a instrumentalizar políticamente muchos olvidos (por ejemplo: a borrar de algunos manuales de historia el episodio nazi, a justificar las invasiones y colonizaciones de todo tipo, a declarar guerra abierta a otras naciones en nombre de la “libertad” de someter al otro); en todo caso, si de fin es necesario hablar, es mejor referirse a la culminación de un “sentido único” de la historia. Clausura de otro momento envuelto en la sobreabundancia de acontecimientos, desde los más globales hasta los más locales y circunscritos, presentados desordenadamente, agrandados o empequeñecidos según las conveniencias establecidas por los nuevos órdenes de los medios masivos de comunicación.

Paralelamente, el mundo se abre, cerrándose; las naciones poderosas se unifican y las fronteras se cierran para los excluidos del nuevo orden mundial. Múltiples imágenes y múltiples voces se proyectan y retumban a diestra y siniestra, con sus efectos perversos, ignorados por la mayoría que, ciegamente, es incapaz de determinar quién dice qué entre tanta información conocida y reconocida, pero al mismo tiempo desconocida para muchos. Habitamos el mundo del simulacro, caracterizado por ex-

cesivas representaciones y dramatizaciones que envuelven el campo de las decisiones políticas en un ambiente tragicómico, a veces circense, generalmente reproductor del orden establecido. Y todo parece ser un signo; la sociedad estalla en sus creencias y las creencias estallan en la sociedad produciendo un desbordamiento que genera, en el mejor de los casos, una circulación mercantil del creer y del sentido.⁴

Al mismo tiempo, el yo se multiplica y se desdobra en falsos procedimientos de “autonomía” creando la ilusión de un sujeto libre y transparente, capaz de optar y de decidir, aunque su único campo de decisión sea simplemente el consumo. Algunos autores “postmodernos” reivindican la abstracción de la “cultura como texto”, olvidando que al hacer ese ejercicio, típicamente escolástico, hablan más de ellos mismos que de los otros que pretenden interpretar.⁵ Y cada quien va por su lado, sin contar esta vez con un Dios para todos, en el inmenso maremágnum de producción y reproducción individual de sentidos, donde se multiplican biografías, autobiografías, historias de vida y relatos estereotipados de conversiones, envueltos en retóricas especulativas y nuevas publicidades. No obstante, ante la parafernalia dominante de las “industrias y nuevas tecnologías culturales”, algunas invenciones de lo cotidiano y astucias de las artes de hacer, generan *bricolages* y *braconages* culturales, mestizajes y sincretismos que repugnan al orden dominante (incluidas allí las categorías científicas de clasificación del mundo), por considerar esas mezclas como indignas del pensamiento y contrarias al orden social (véase De Certeau, 1990). ¿Cómo reintegrar la subjetividad; es posible nuevamente la heterotopía (en sentido foucaultiano) del sujeto? Si globalmente se ha pasado del lugar organizador al no-lugar movilizador del sentido, saturado de identidades y alteridades que apenas se tocan en su rechazo de la historia, ¿es aún posible recrear el lazo social en semejante contexto de “pérdida” progresiva de la memoria?

El “hombre desplazado” y la “multitud errante” constituyen el emblema más significativo de nuestras sociedades y, aunque las identidades nunca han sido unívocas ni fijas y siempre ha sido necesario pensar las diferencias constitutivas de lo social sin olvidar la pluralidad interna de los individuos, cuando se indaga por el sentido de los otros, éstos ya han construido sus sentidos, sus normas y reglas de organización social, sus mitos y ritos reproductores del orden, resultando ingenuo para el investigador hablar de lo ya dicho, o, en el mejor de los casos, traicionar al traducir el sentido de los otros... De suerte que la antropología contemporánea debe, no solamente reconocer la tradición sino la modernidad de los otros, en el más amplio sentido de la palabra, y atreverse a pensar hoy como una disciplina que sería, ante todo, una “Antropología de la antropología de los demás” (Augé, 1994). Porque, a pesar del avance engeguizado de las sociedades hacia el reino de la ficción, en donde cada vez más se pierde el sujeto (Augé, 1997), aún es posible reconocer y valorar la

4 Ya Michel de Certeau había hablado de *Le Christianisme éclaté* con respecto al “campo religioso”...

5 Para una crítica sustancial a los autores de “la cultura como texto”, véase Augé (1992).

otredad, pues siempre existirán realidades que nos obliguen a crear y recrear el lazo social (la enfermedad y la muerte, el amor y la transgresión, el cambio cultural y la inversión)... Por consiguiente, es necesario que el sentido social sea nuevamente pensable, y las explicitaciones de las relaciones de poder rigurosamente posibles.

La construcción social de un “objeto efímero”

Uno de los aspectos de las nuevas configuraciones eco-estéticas contemporáneas, que expresan procesos de subjetivación de la metrópolis, son los no-lugares para buscar el amor “sin compromiso”, entendidos como espacios donde se teatraliza una cierta alteridad, donde se representa una suerte de “economía del deseo”, más acá de las organizaciones estructurales del orden social. Algunos de esos espacios son las “salas pornográficas”. En Medellín hay cinco, ubicadas en el centro de la ciudad: la Sala Metro-Cine (en la carrera Bolívar con San Juan), el Teatro Sinfonía (en la carrera 47 con calle 53), el Cine Radio City (localizado en la carrera 54 con calle 49), Cine Capitol (en la calle 55 con carrera 50) y la Sala Villanueva (situada en la carrera 51 con calle 54).

¿Por qué en el centro, y no en la periferia? Establecí esto a partir de las transformaciones de la ciudad misma, donde progresivamente se ha dado una suerte de “desplazamiento” de sociabilidades y actividades culturales, convirtiendo el centro en una especie de “lugar indiferenciado”, en términos de construcciones identitarias, relacionales e históricas actuales. Así, las salas X surgieron de cines donde hasta hace dos décadas se proyectaban “películas normales”, transformándose en lugares de “socialización ocasional” para adultos y jóvenes, deseosos de encontrar “espacios de transgresión”.

Durante tres meses de trabajo de campo realicé ejercicios de observación en las salas mencionadas, establecí tipologías de los agentes sociales que las frecuentan, objetivé algunos comportamientos recurrentes, registré dinámicas de intercambios económicos y simbólicos e indagué en torno a la parte administrativa y logística de estos establecimientos. En términos geográficos constaté que se trata de grandes espacios a los cuales se ingresa tras pagar el precio correspondiente en pequeñas taquillas rodeadas de numerosos carteles publicitarios que anuncian las películas proyectadas o por presentar (las cuales suelen ser rotadas, cada jueves, entre los teatros de esta especie); todas ellas tienen, generalmente a la entrada, una confitería donde se adquieren bebidas y pasabocas a precios económicos; igualmente presentan un claro señalamiento de los sanitarios y, finalmente, producen el mismo efecto de enceguecimiento momentáneo al atravesar las cortinas que cubren una leve oscuridad.

Al interior de las salas observé generalmente un mismo movimiento: numerosas personas deambulaban en la penumbra buscando, aparentemente, dónde sentarse. Se trataba de trabajadores sexuales que ofrecían sus servicios a los espectadores, vestidos según las exigencias del deseo, sea como travestis, deportistas o estudian-

tes (la mayoría guardando una apariencia formal y uniforme); otros paseantes eran simplemente agentes que buscaban “socializarse” con diversos espectadores. Dependiendo de la sala, constaté diferentes grados de permisividad: desde aquellas donde la clandestinidad parecía ser la “regla oficial”, hasta aquellas donde la promiscuidad sugería (en la parte posterior, en los rincones, en los baños o en el segundo nivel) campos relativamente abiertos al “comercio sexual” y de estupefacientes. Y todos esos aspectos constituyeron, en tanto materiales de una investigación *amateur*, un repertorio de “posibilidades ético-estéticas” dignas de ser explicitadas más detalladamente.

Figuras del deseo en pantalla gigante

Hace diez años, en la ciudad de Medellín, existían aproximadamente ocho salas de cine X, de las cuales quedan solamente cinco. A lo largo de dos décadas, una cantidad igual de salas que inicialmente proyectaba películas de géneros diferentes al pornográfico, pasó antes de su cierre definitivo a convertirse en salas X, y posteriormente en iglesias evangélicas: tal es el caso de las salas Bolivia y Granada, que funcionaron en la carrera Bolívar de la ciudad de Medellín; y los teatros Iris y Rosalía del municipio de Bello. Podría pensarse que entre las razones por las cuales este tipo de sitios ha venido desapareciendo están los avances tecnológicos en materia de comunicaciones, como por ejemplo la televisión por cable, la industria de videos y, más recientemente, el Internet. Valdría la pena preguntarse, por qué a pesar de todos estos avances mencionados, todavía existe un numeroso público consumidor de este tipo de servicios; qué motivación común comparte este grupo de individuos, y cuáles son los factores asociados al consumo de este género de películas.

Pues bien, en las salas de cine X de Medellín se ven a diario escenas que muestran otra cara más de las tantas que tiene la sociedad antioqueña y que para la gran mayoría de personas suele ser desconocida. En las entradas, los carteles anuncian las películas de turno (en función doble), las cuales son cambiadas cada semana; destañadas fotos de algunas “estrellas” de cine adornan la entrada donde además se exhiben carteles referentes a los próximos “estrenos”. En la taquilla, generalmente una mujer vende las boletas para el ingreso. A la entrada de las salas se aprecia un ambiente semejante al de cualquier otro teatro de la ciudad; se ven personas sentadas y otras pocas paradas, en la parte de atrás o a los lados; después de varios minutos comienza a percibirse las diferencias entre este tipo de salas y las demás. Un alto porcentaje de las personas que frecuentan estos sitios es de sexo masculino: la mayoría de personas ingresan solas y se van acomodando, bien a los lados, atrás o sentados para “disfrutar” la película.

Mientras la cinta rueda, los observadores de la misma desvían la mirada cada que alguien entra o sale, se para o se sienta, se acerca o se va. En las sillas de las últimas filas se observan hombres de edad avanzada; están pendientes de todo menos de la película: en repetidas ocasiones varios jóvenes pasan por los lados, éstos los

miran con detenimiento y luego de un rato alguien decide sentarse muy cerca de ellos; continúan observando la cinta, pasados unos minutos uno de los adultos comienza a masturbarse, luego intercambia palabras con su vecino de silla, de pronto, el joven se incorpora y se dirige hacia el baño de caballeros; acto seguido el adulto hace lo mismo, pasados unos diez minutos salen ambos del baño con una prudente distancia y uno tras otro abandonan la sala.

Escenas como esta se repiten continuamente en los teatros X. Entre los empleados de estos lugares hay algunos jóvenes que alternan su trabajo entre controlar la entrada de espectadores y revisar dentro de la sala el buen funcionamiento de la misma; esta labor la realizan desde las dos de la tarde hasta las nueve de la noche. La mayoría de clientes los saluda al ingresar e intercambian con ellos algunas palabras, otros se detienen un poco más e indagan sobre alguna situación específica. En cierta ocasión, un joven vestido de jeans, tenis y chaqueta deportiva, preguntaba algo en la confitería; de pronto aparecieron dos jóvenes de similar apariencia, se saludaron muy discretamente y se acomodaron a mirar la película; después de veinte minutos uno tras otro se dirigió hacia el baño de caballeros y, al cabo de otros veinte minutos más, salieron dos de ellos abrochándose la correa del pantalón dispuestos a abandonar la sala. El joven “vigilante” continuaba dando vueltas por el interior del teatro, entró al baño de hombres y no tardó en salir; hizo lo mismo en el baño de mujeres donde tardó un poco más para luego detenerse a la entrada de la sala donde permanece la mayor parte de su jornada laboral. En otro momento llegaría un señor que llevaba un maletín ejecutivo; estaba vestido con un pantalón de presas, chaqueta y corbata; se ubicó en la parte de atrás, empezó a observar la película y a los que estaban a su alrededor. Pasado un rato un joven se le acercó y entablaron una conversación, luego se levantaron y tomaron dirección hacia uno de los lados del teatro; acto seguido, el joven se bajó la cremallera del pantalón y el señor lo comenzó a masturbar; se quedaron así solo unos cuantos minutos al cabo de los cuales el joven se dirigió al baño y fue seguido unos momentos después por el señor. Al igual que en los casos mencionados anteriormente, después de un determinado tiempo, el señor abandonó la sala y el joven buscó una silla para sentarse y continuar observando la cinta.

En todas las ocasiones en que visité estas salas, pude apreciar que, a mi lado, siempre había alguien masturbándose. Cuando tuve la oportunidad de hablar con personas que frecuentaban estos lugares, éstas reconocieron que semejantes comportamientos tienen como fin incomodar a las parejas para que estas no tarden en salir. En ninguna de las visitas realizadas pude observar parejas heterosexuales, y la única oportunidad que tuve de ver entrar a una mujer sola fue un sábado, casi a las nueve de la noche; se trataba de una mujer de unos cuarenta años que vestía minifalda y escote profundo, entró sola, a la sala Sinfonía, como casi todos, y se sentó en la última fila; al cabo de un rato un señor de unos cuarenta años se sentó a su lado y le dijo algo al oído, ella se paró y se dirigió al baño de hombres, a los tres minutos el señor se paró y en forma muy rápida entró al baño donde estaba la señora.

Esta vez, me atreví a seguirlos: pude escuchar, en una de las cabinas, la voz y los gemidos de dos hombres; comprendí inmediatamente que la mujer observada era un travesti y me retiré de allí para no incomodarlos; esta pareja se demoró mucho más que las anteriores en abandonar el baño; cuando al fin salieron, el señor abandonó apresurado la sala y el travesti se ubicó a la entrada dispuesto a dialogar con el portero; pude alcanzar a escuchar solo algunas frases que intercambiaban tratando de no ser escuchados; el portero le preguntó cómo estaba el camello, el travesti le hizo un gesto de desinterés y le respondió “Muy bien, no falta el macho que se rinda a mis encantos”; también le preguntó por qué hacía días que no venía por esos lados y él le respondió que en Villanueva (otra sala pornográfica) había conseguido un encarrute interesante pero que, al igual que todos, “El pelao era un faltón y no volvió a asomarse por allí”. Continuaron hablando pero en voz mucho más baja evitando ser escuchados; después de un rato el travesti se sentó en una de las sillas de la segunda fila del teatro al lado de un joven de apariencia deportiva, con camisa de manga larga por fuera del pantalón que parecía no interesarle para nada pues se negó a mirar quién lo acompañaba; al cabo de unos minutos el travesti cruzó las piernas, se acomodó el bolso sobre ellas, abrió su cartera, sacó un cigarrillo y lo encendió; miraba muy detenidamente al joven que continuaba indiferente ante su presencia. De pronto puso su mano entre las piernas del joven, éste lo miró y siguió en lo que estaba; la supuesta mujer prendió un cigarrillo y después otro al final del cual se acercó al oído del joven y le susurró algo, entablaron una conversación muy corta, el joven pareció sacar algo de su billetera (aparentemente dinero) y se lo entregó al travesti, quien se levantó rumbo al baño donde sería seguido por el joven; cuando salieron de allí ambos se sentaron de nuevo, pero en sillas distantes. Mientras todo esto ocurría, el ambiente en la sala parecía no tener muchas variaciones: seguían entrando desde jóvenes hasta ancianos, casi todos en algún momento dando vueltas por todo el teatro y mirando con detenimiento a los ocupantes; daba la sensación de que buscaran a alguien en particular; había señores que estaban simplemente sentados, parados o recostados en la pared, masturbándose; algunos lo hacían sin pudor, otros trataban de cubrirse con chaquetas o morrales para no ser muy evidentes: miraban y se sentían observados.

La primera vez que intenté una aproximación con una de las señoras de la taquilla, me encontré con una negativa total: me dijo que al administrador no le gustaba que fueran extraños a observar el lugar ni a perturbarle los clientes, aún así, me proporcionó el número telefónico para comunicarme con él; le pregunté a ella si tal vez me concedería una entrevista o me permitiría grabar una simple conversación pero se negó rotundamente; finalmente accedió a hablar pero sin grabaciones de por medio. Esto se logró luego de la séptima visita. Hablé con ella a la entrada de la sala, pues en ese momento se ocupaba de recibir los boletos de ingreso. La señora permaneció sentada en una vieja butaca, llevaba falda, camisa juvenil, medias veladas y zapatos de tacón alto; me contó entre otras cosas que vivía con su esposo, un viejo

de su misma edad, muy cerca del teatro, que llevaba diez años trabajando en ese sitio; hizo mucho énfasis en que disfruta mucho de su trabajo porque se entretiene y “mata el tiempo”, ya que a su edad, según ella, no hay mucho por hacer. Recalcó además que en estos cines las películas y las personas que los frecuentan no tienen nada de extraño ni de malo, simplemente recurren a otra forma de divertirse; finalmente, subrayó la señora que a ella le produce risa ver cómo hay gente que al pasar frente al teatro se escandaliza o mira con recelo aquel sitio, piensa que son unos tontos que seguramente hacen cosas peores y, sin embargo, se escandalizan de ver hombres y mujeres en pelota haciendo el amor que es lo más bueno que hay siempre y cuando se sepan respetar y cuidar; finalmente dijo no tener muchos hijos que le amarraran la vida, afirmó haberse gozado demasiados novios, siempre quiso ser muy liberada pues según ella la ha pasado muy bueno y no se arrepiente de nada. En términos generales, sostuvimos una conversación extrovertida y con buen sentido del humor mientras varios clientes que ingresaban a la sala la saludaban amigablemente, la llamaban por su nombre y ella hacía lo mismo; al preguntarle si conocía mucha gente de la que frecuenta esos lugares respondió que a la gran mayoría pues, “Hay gente que cada semana repite este tipo de diversiones”.

En síntesis, en estas salas de cine, desde afuera, puede apreciarse cómo constantemente están entrando y saliendo personas del lugar y, como se mencionó anteriormente, la gran mayoría de visitantes son hombres solos. Algunos, antes de ingresar, miran hacia todas las direcciones y luego entran de manera presurosa; otros (la gran mayoría), entran con total naturalidad y en solo dos de los casos observados, señores muy bien presentados se acercaban, seguían de largo, daban una o dos vueltas hasta que temerosos se decidían a entrar. Mucha gente se para como en cualquier otro teatro a leer los avisos sobre las películas de turno y los próximos estrenos, preguntan en la taquilla si hay estreno y entran, o se van según sus preferencias. Es común que quienes abandonan aquellos sitios salgan a la calle acomodándose muy discretamente la camisa o el pantalón. Lo que puede deducirse después de observar y escuchar a algunas personas de las que visitan estos teatros, es que no sólo van a mirar una película sino que tienen otro tipo de motivaciones: buscan encuentros sexuales con otros hombres, se excitan y masturban mirando escenas de parejas teniendo sexo, consumen droga, etc. Por último, vale la pena destacar que en las películas proyectadas casi nunca se muestran escenas homosexuales protagonizadas por hombres; sólo relaciones heterosexuales, lesbianas y de tipo grupal (orgías).

Ver para creer

Uno de los teatros que, definitivamente, hay que destacar en este estudio, es el teatro Metro-Cine. Ubicado en la carrera 51 No. 44-59, contiguo al Parqueadero Bolívar y bajos del Metro Estación San Antonio. Por tener ubicación tan central, la afluencia de público es variada y se encuentra en un constante desplazamiento. Este es un local muy amplio: al abrirse dos puertas verdes grandes, se encuentra cubierto en

su entrada por carteles promocionales en sus paredes laterales; a mano derecha una pequeña taquilla encarcelada es atendida por una señora de unos cuarenta años; se divisan amplias y numerosas escalas de color rojo, en medio de estas, al lado izquierdo, se encuentra el empleado encargado de registrar el ingreso a la sala verificando las boletas; al terminar de subir las escalas lo primero que se puede observar son los baños de hombres y damas que se encuentran a todo el frente (después de realizar varias visitas entendí por qué el baño de las damas se encontraba restringido dando la impresión de estar sellado); en medio del salón, antes de ingresar a la sala, se encuentra un “puesto de mecato”, donde lo que más se vende es agua, encendedores y cigarrillos, aunque posee un variado surtido. La entrada a la sala se logra tras pasar dos puertas cubiertas cada una de ellas por una tela gruesa y oscura; al ingresar, la penumbra y el olor a marihuana son impactantes, no obstante, después de estar unos minutos al lado de la puerta, los sentidos se adaptan al ambiente y es más fácil el ingreso así como encontrar un puesto adecuado para alcanzar mayor “campo visual”. El chirrido de las sillas es frecuente y los encendedores son usados para prender los puchos de marihuana o cigarrillos, y para lograr ver lo que hacen los demás asistentes. Cuando se habla de cine-porno, la mayoría de personas ignora situaciones sociales asociadas, ya que en este medio se mueven muchos intereses diferentes a la proyección de las películas, intereses que implican desde la prostitución hasta el consumo y posible venta de sustancias psicoactivas y alcohol. Metro-Cine es visitado en un 95% por hombres, mayores de edad, de varias clases sociales; algunas personas que desempeñan trabajos formales en oficinas, otros son indigentes y suele acudir un número considerable de hombres de la tercera edad; las mujeres que ingresan son contadas; por esta razón, los baños de las damas permanecen con ingreso restringido pues es una forma de respetar este espacio para las pocas que supuestamente ingresan.

Los sitios predilectos de ubicación dentro de la sala son: la parte superior derecha, allí se ubican hombres jóvenes que observan de pie; sus vestimentas son pantaloneta y camisa en su mayoría; los hombres que se encuentran en este sector no tienen la disposición de ver las proyecciones, constantemente dan vueltas por la sala observando quién entra y quién sale, las miradas no son dirigidas a la cara sino al cuerpo de las personas, los atuendos utilizados dan a entender que para ellos es mucho más cómodo estar vestidos así.

En la zona baja izquierda se ubican hombres de la tercera edad en su mayoría, éstos disfrutan las proyecciones y se satisfacen con la masturbación, observan con mucho sigilo a las personas que se encuentran a su alrededor, se recuestan totalmente en sus sillas, algunos parecieran estar siempre solos, no aceptan con facilidad compañía; cuando otro hombre se les sienta cerca, se levantan, se acomodan su pantalón formal de tela, correa y camisa, y cambian de silla; los que aceptan compañía generalmente lo hacen con hombres menores y buscan con ellos placer en el sexo oral. La zona baja derecha no es muy frecuentada puesto que allí hay una especie de cuarto o pieza; los hombres que rodean constantemente la sala tienen este sitio como lugar

de encuentro, en esa esquina fuman y no se logra divisar muy bien lo que sucede aunque se mantiene un total movimiento; después de realizar varias indagaciones al respecto, precisé que es una “pequeña residencia”, donde algunos hombres tienen sus actos sexuales y, otros, por curiosidad o placer, ven lo que sucede.

El día sábado la afluencia es mayor después de las 2.00 p. m. El público es masculino y en su mayoría son personas que por sus características parecen ser obreros y trabajadores informales pues cargan sus tulas y maletines de trabajo; algunos entran buscando compañía, dan vueltas tratando de encontrarla, se sientan, buscan acercamientos y si es en vano se van; otras personas ven con tranquilidad las películas y cuando se les presenta la oportunidad, aceptan compañía. Esto se traduce en encuentros fortuitos, en plena oscuridad, sin poder verse las caras: los paseantes consumen sus deseos y se alejan sin mediar palabra y sin saber con quién se “relacionaron”; además, sin el uso de la más mínima higiene y protección.

Cuando hay intermedios y se prenden las luces por diez minutos aproximadamente, la mayor parte de los asistentes sale de la sala: unos se quedan en el puesto de mecató y otros entran al baño. Las personas que quedan en la sala permanecen en total silencio, el olor a marihuana disminuye, estos agentes están pendientes de los que quedan sentados tratando de mirar las caras e identificar a las personas solitarias; después de apagar nuevamente las luces, el ingreso a la sala es inmediato, entran con botellas de agua o refrescos en sus manos, y después de hacer varias miradas al rededor y algunos desplazamientos en distintas direcciones, vuelven a los sitios ya establecidos: la zona superior y la zona inferior derecha, y se regresa al continuo movimiento y “búsqueda de un placer clandestino”. Debido al movimiento, es difícil identificar si las personas que ingresan son las mismas que salieron o si se trata de nuevos visitantes.

Dentro de este ambiente hay roles establecidos como es el caso de un hombre joven, aproximadamente de unos veinte años, que ha sido observado en varias oportunidades cuando ingresa a la sala y se sienta en la parte izquierda baja; su vestuario es pantaloneta amplia y camiseta deportiva; poco tiempo después se quita la ropa y empieza a caminar y rondar toda la sala, va con mucha frecuencia a la zona superior, baja acariciándose las nalgas y los genitales, se sienta nuevamente en la parte inferior y en pocos momentos se le acerca otro hombre que habla con él; es factible que lleguen a algún acuerdo; el segundo hombre se para frente a él y se baja poco a poco sus pantalones, se quedan un rato juntos, luego, el segundo hombre se levanta de su silla y con gran naturalidad se acomoda los pantalones. Esto es muy común, ellos no sienten ningún reparo al levantarse de sus sillas y arreglar su vestuario, el hombre que se despoja de su ropa se levanta y sigue rondando buscando compañero, mantiene esta rutina por varias horas, generalmente realiza estos actos bajo el efecto de sustancias como la marihuana y el bazuco. También se identificó a un segundo sujeto que se mantiene en continuo movimiento y recorre completamente la sala: lo hace con su vestuario completo (pantaloneta y camiseta), su actitud es de observación, búsqueda y ofrecimiento; ocasionalmente es aceptada su compañía, no

es muy demorada su función, se pierde en medio de la silletería sobre las piernas de otro sujeto y, al terminar, continúa su paseo.

En el puesto de mecato detecté la demanda y oferta implícita de servicios homosexuales; en una oportunidad logré escuchar cómo un hombre de unos cincuenta y cinco años aproximadamente, bien vestido con su pantalón y camisa formal, se acercó a un homosexual joven, claramente identificado por su pantalón corto pegado al cuerpo, de color blanco, camiseta esqueleto negra y zapatos negros; pactaron los servicios que podría ofrecerle, cruzaron la penumbra, se desvistieron, se besaron y acariciaron, tuvieron sexo oral y el adulto fue penetrado en medio de la sala.

Cuando ingresa una pareja heterosexual, causa gran impacto, se roba la atención de muchos asistentes pues hay hombres que sólo buscan ver lo que los otros sujetos o parejas están haciendo; se ubican detrás de éstos para poder observar y escuchar lo que sucede entre ellos. Hay además transformistas, entran como hombres normales, en el baño se cambian de vestuario colocándose falda, pañoletas, tacones, etc. Se maquillan perfectamente y entran a la sala en busca de compañía; se exhiben dando paseos continuos por la sala, inclusive muestran sus genitales para llamar la atención y así cumplir su objetivo. Vuelven a los baños a ponerse su vestuario ordinario, pantalón, camisa y zapatillas, y así salen del teatro, despistando totalmente a los asistentes y trabajadores. Existe también el consumidor de droga que ingresa a la sala sólo a buscar un refugio tranquilo para “soplar sus pitazos” sin ser molestado; dentro de este rol existen personas de escolaridad baja y media, así como algunos jóvenes que intercambian “favores sexuales” por sustancias psicoactivas.

Definir características comunes entre los asistentes es bastante complicado puesto que la clientela del lugar es diversa: se encuentran homosexuales, heterosexuales y bisexuales, padres de familia, indigentes, parejas establecidas; la escolaridad de los asistentes es muy variada; acuden hombres con empleos formales e informales, y también desempleados. Tal vez lo común entre ellos es encontrar un lugar dónde poder desinhibirse de toda presión social, disfrutar sus puchos de marihuana y bazuco sin la constante observación y crítica de los demás. En esta suerte de “sociedad cerrada” encuentran aceptación del otro, son respetados en sus gustos, algunos buscan un medio de subsistencia por medio de la venta de servicios sexuales, otros buscan la compañía que les pueden brindar “amores ocasionales” al satisfacer sus más íntimas necesidades sexuales. En el momento no existe explícitamente la venta de preservativos, posiblemente la venta de éstos se realice por medio del puesto de cigarrillos, los actos sexuales no presentan ninguna higiene pues donde una pareja concluye, la siguiente empieza. Los clientes que son habituales establecen contactos continuos, y es posible que encuentren alguna pareja estable pues, utilizan el teatro como sitio de encuentro y en algunos casos han recibido propuestas concretas de actos sexuales continuos y de convivencia. El establecimiento es muy reservado y por el tipo de personas que lo frecuenta es difícil el acercamiento a ellas. Se contó con plena disposición del administrador y de la vendedora de mecato para ilustrarme acerca del funcionamiento de la sala. Estos establecimientos se encuentran regulados

por la Secretaría de Gobierno y por el Comandante de la Policía General, a quienes en su oportunidad les pregunté sobre la legalización y funcionamiento de estos establecimientos, a lo cual me respondieron que a pesar de existir la reglamentación legal no se realiza ninguna vigilancia al respecto.

Memoria de la materia y materia de la memoria

Recordar, según Maurice Halbwachs (el sucesor de Durkheim en la Cátedra de sociología del Colegio de Francia), es realizar un ejercicio de *reconstrucción* del pasado en función del presente; esto implica romper con una “concepción dualista” de la realidad, para aproximarnos a una cierta “discontinuidad” (Halbwachs, 1994 [1925]). Es en esa discontinuidad donde se presentan justamente las manifestaciones informales de las “artes de hacer e inventar lo cotidiano”, que suelen ser descartadas por algunas “hermenéuticas totalitarias” como materia “poco útil” de la memoria; no obstante, la antropología de los mundos contemporáneos nació ocupándose de esas “cosas inútiles”, pues, son esos “restos” los que, en un “horizonte de mayor duración”, revelan los “cuadros sociales” donde la memoria se construye (Gerard Namer, en Halbwachs, 1994 [1925]: 299-367).

En realidad, la sospecha atraviesa los “sueños de la materia” y así, las instituciones se defienden de las “soledades” que abarcan una larga historia de confrontación entre “tradición y modernidad” en las extensas dimensiones de la “memoria social”, la cual sólo conserva del pasado ciertos elementos materiales y simbólicos instituidos en relación con el presente. Precisamente el presente es particularmente difícil para la *institutio* de la memoria: primero porque la “instauración de sentido” que se pretende mantener hoy, “no es más un cuerpo sino un corpus” y, en segundo lugar, porque la normatividad social que se quiere seguir administrando está cada vez más “fuera de control”.⁶ En consecuencia, la institución contemporánea de una memoria social sólo puede ser posible a condición de reconocer la “memoria del error”; pues el deambular es la memoria del cuerpo (en sentido carnal y material), la memoria del deseo y del vacío, de la duración y de la provisionalidad, de la enfermedad y de la salud, de la juventud y de la vejez, de lo sensible y de lo inteligible, de la vida y de la muerte... —sobre todo la memoria de la muerte, es decir del olvido, de la experiencia de olvidar “para crear otro recuerdo alargando una nueva memoria colectiva”.⁷

6 Patrick Michel, siguiendo las huellas de Michel de Certeau, lo ha enunciado claramente: las recomposiciones sociales contemporáneas aparecen como indicadores y modos de gestión de una triple redistribución de la relación al tiempo, al espacio y a la autoridad; de una triple crisis que afecta la identidad, la mediación y la centralidad; y de una triple descomposición: déficit de lo político, explosión e inadecuación de las ofertas de sentido, fuerte disminución y retracción de lo creíble (Michel, 1999).

7 Al menos semejante experiencia es el deseo de la *Recherche du temps perdu*, tan querida por Halbwachs.

De suerte que los “deambulares contemporáneos” pueden ejemplificar, de manera ideal-típica, esfuerzos de reconstruir, a partir de “migajas”, los recuerdos de la “memoria carnal” de creencias aparentemente olvidadas. Mas las migajas sólo se juntan cuando se teme morir de hambre a menos que se quiera jugar a la “hambruna”. Nos encontramos ante una situación de “estallido de la memoria” (véase De Certeau, 1987: 280-281), particularmente de la memoria social, y esa realidad nos obliga a recordar el deseo. El problema radica en pretender esconder las “demandas de un resto” para re-construir el sentido como si alguien pudiera socialmente alimentarse de “glorias lejanas”, de “recuerdos llenos de polvo olvidados en las cavernas”. Recordar el deseo es posible porque una cierta “virtualidad familiar” nos lo permite; porque existen “cuadros sólidos que encierran nuestro pensamiento”, una “pluralidad de espacios” que posibilitan el movimiento entre la inteligencia y la imagen —cuadros que guardan la memoria de los grupos que nos han precedido y a los cuales hemos pertenecido sin saberlo— (Halbwachs, 1994 [1925]: 273). Y es en ese punto donde la inteligencia de Maurice Halbwachs y el genio de Marcel Proust se reencuentran; es allí donde la memoria individual es una experiencia de la memoria colectiva, el lugar donde los deambulares sociales se reconocen en las tradiciones de los recuerdos, el campo donde las voluntades y las representaciones se actualizan en el presente:

“Cuando hemos superado una cierta edad, el alma del niño que fuimos y el alma de los muertos de los que salimos nos lanzan a puñados sus riquezas y flaquezas pidiendo cooperación a los nuevos sentimientos que experimentamos y en los cuales, borrando su antigua efigie, solemos refundirlos en una nueva creación” (Proust, 1954: 79).

Pero es necesario “superar una cierta edad”; es decir, esperar que el tiempo pase... hay que someterse al examen de la duración y, aguardar tras la selección e interpretación del sentido que los nuevos ejercicios de la memoria sean perdurables para que las recomposiciones sociales del mundo contemporáneo no sean solamente recordadas por los actores que en transgresiones puntuales se ven envueltos. El problema radica en lo provisional, en la precariedad y velocidad del “viaje hacia los demás”, pues, luego de socializarse con otros que “también deambulan”, es necesario *partir*, alejarse... entonces, ¿cómo no olvidar, cómo recordar?

Si nuestro esfuerzo de localización es posible, si pasamos de la memoria inmediata a los cuadros del recuerdo, es porque el recorrido de ese camino ya se ha hecho. La memoria consciente duplica una memoria no consciente; la experiencia de los límites de esa memoria es también la experiencia de la mutación de los cuadros de esa memoria inmediata en cuadros de la memoria particular; la experiencia del límite será la experiencia del desinterés del grupo con respecto a la memoria inmediata. Si el conjunto de recuerdos recientes, o más bien de los pensamientos que se le asocian, forma un cuadro que continuamente se hace y se deshace, es que a medida en que remontamos a lo lejos de ese pasado inmediato, nos aproximamos al límite más allá del cual nuestras reflexiones acaban de aferrarse estrechamente a nuestras preocupaciones actuales. El desinterés es definido entonces como

el límite del campo de significación de la visión del mundo que unifica un cuadro de la memoria (Namer, en Halbwachs, 1994: 231-232 —la traducción es mía—).

Desafortunadamente nos encontramos en lo efímero, y sólo se puede evaluar lo que ha durado. Las soledades de los no-lugares donde se busca un “amor clandestino” hoy comparten, grosso modo, una común incertidumbre: se reencuentran más bien en las sombras que en la luz. Sin embargo, aunque el cuadro social de la “memoria de lo efímero” no sea sino una “caricatura de la memoria” y, en consecuencia, esa caricatura se convierta en la “muchacha de servicio” de toda ideología (Ibíd.: 341)... una posibilidad es digna de ser considerada: digna gracias a su vitalismo, a su “querer perseverar”... la inscripción de diversos “recuerdos efímeros” en una “metonimia social”, producto quizá de numerosas “soledades metonímicas”.

Soledades metonímicas y metonimias sociales

Es posible que entremos en una “empresa de delirio”... pero en ese caso, la respuesta ha sido dada por Henri Desroche: ¿Por qué no? Hay “delirios” que tienen su lógica específica: la de las sociedades calientes que se diferencian de las razones que permiten el funcionamiento de las “sociedades frías” o de las “sociedades que se enfrían”. Esos delirios surgen del rito lúdico y del teatro sagrado, y se abren al lirismo surrealista y a las representaciones dramáticas del “entusiasmo movilizador” (Desroche, 1973: 202).

Algunos dirán que esas son sólo imágenes; a lo sumo “imágenes fabricadas”. Ciertamente, pero esas imágenes son un delirio “bien fundado”. Es claro que esos fragmentos manipulados que sirven de escenario a diversos “encuentros clandestinos” no proceden tanto de las instituciones sociales, sino más bien son testimonios de universos que estallan y de realidades que se descomponen. Ese desorden, del cual Georges Balandier ya hizo el elogio, muestra la fuerza del *creer corporal* antes que de un sistema especulativo. Y han sido esos “intentos corporales” los cuales, aunque suelen ser vistos como desórdenes, a nosotros nos seguirán ocupando.

Y ocurre que esas “pulsiones corporales” cumplen particularmente lo que Patrick Michel ha tratado de esbozar al referirse a “la ficción del mismo y la realidad de lo plural” hoy: *al hablar del deseo, se finge* estar hablando de éste, pues se habla en realidad de otra cosa; y *al no hablar del deseo, se finge no hablar de éste*, no hablando sino del mismo (Michel, 1999). Ahora bien, ese fenómeno, que es ante todo un “juego de lenguaje” se llama *metonimia*⁸, y es la mejor manera de referirnos a las dinámicas instauradoras de “sentidos efímeros” en las soledades contemporáneas.

Soledades metonímicas porque los agentes comprometidos se convierten en actores; actores que desarrollan una serie de tácticas y astucias, de “técnicas de hacer

8 “Metonimia: fenómeno por el cual un concepto es designado por un término que se refiere a otro concepto que le es ligado a éste, a través de una relación contraria” (*Diccionario ilustrado de la lengua española*, 1965).

desear para desear”, que desempeñan un papel decisivo en los no-lugares “donde se busca lo que ya no está” (De Certeau, 1990: 268). Porque efectivamente, dos “resortes tradicionales” suelen estar presentes en los agentes sociales que reinventan el sentido social hoy: de un lado, la pretensión de *hablar en nombre de algo real* que, al suponerse inaccesible, es a la vez principio de lo que debe ser creído (una totalización) y principio del acto de creer (un deseo); de otro lado, la capacidad que tiene el discurso autorizado para dar cuenta de ese acontecimiento se distribuye en *elementos organizadores de prácticas*, es decir, en “comportamientos legales”. Así, la “fuerza solitaria del deseo” logra que los destinatarios no estén obligados a creer lo que no ven, sino justamente lo que presencian.

Metonimias sociales porque se corrobora que lo deseado no puede decirse a través de “presentaciones directas” sino por medio de lo que es “representado para desear”. El deseo no reposa ya sobre una alteridad invisible “escondida en las alturas”, sino sobre otras cosas visibles que señalan lo que debe ser deseado; el deseo funciona sobre el valor real supuesto a otro, sin importar el lugar que éste ocupe en el mundo. Lo visto es identificado a lo que debe ser creído y deseado (en realidad, habla un *nada* que calla la pérdida de lo que no puede decirse)... Y allí... ante esa “lucha por la vida”... en un “tiempo accidentado” donde fracasar es indisoluble de simbolizar y simbolizar es indisoluble de fracasar; en esa “anarquía del claro-oscuro cotidiano”, omnipresente entre las luces fotográficas del desear hoy... es tal vez entre susurros y gemidos, donde *algo inefable se dice*.

Bibliografía

- Augé, Marc (1992). *Non-lieux. Introduction à une anthropologie de la surmodernité*. Seuil, Paris.
- _____ (1994). *Le sens des autres*. Fayard, Paris.
- _____ (1997). *La guerre des rêves*. Seuil, Paris.
- De Certeau, Michel (1987). *La faiblesse de croire*. Seuil, Paris.
- _____ (1990). *L'Invention du quotidien*. Gallimard, Paris.
- Desroche, H. (1973). *Sociologie de l'espérance*. Calmann-Lévy, Paris.
- Diccionario ilustrado de la lengua española* (1965). Sopena, Barcelona.
- Halbwachs, M. (1994). *Les cadres sociaux de la mémoire*. Albin Michel, Paris [1.ª ed: Librería Alcan, 1925].
- Lévinas, E. (1961). *Totalité et infini. Essai sur l'extériorité*. Nijhoff, La Haye.
- Mauss, Marcel (1966). *Sociologie et anthropologie*, precedido de “Introduction à l'oeuvre de Marcel Mauss”, por Claude Lévi-Strauss. 3.ª ed., P.U.F., Paris.
- Michel, Patrick (1999). “Nation, religion, pluralisme: une réflexion fin de siècle”. En: *Critique Internationale*, 3, Paris.
- Proust, Marcel (1954). *A la Recherche du temps perdu*, III. Gallimard, Paris.
- Sanabria, Fabián (2000). “Consideraciones para una antropología del creer en Colombia”. En: *Sociología*, 24, Universidad Autónoma Latinoamericana, Medellín.